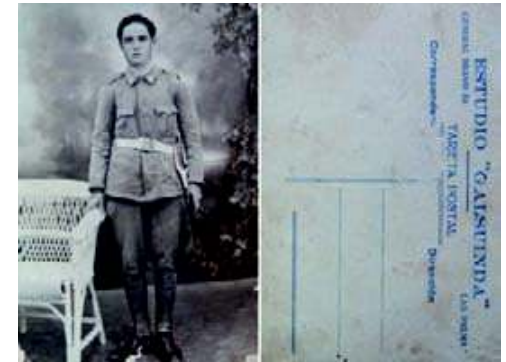


# DONANTES DE LA MEMORIA

CON EL GOLPE DE ESTADO DE 1936 NO HUBO PAZ NI PERDÓN PARA LOS VENCIDOS. LOS QUE SE QUEDARON, TUVIERON QUE PLEGARSE A VIVIR UN EXILIO INTERIOR DE SILENCIO, MIEDO Y HAMBRE. ESPAÑA ENTERA SE LLENÓ DE MUJERES A LAS QUE LOS VENCEDORES TENÍAN QUE ESCARMENTAR, HUMILLAR Y REEDUCAR, Y QUE NI SIQUIERA PODÍAN LLORAR A SUS MUERTOS NI VESTIR DE LUTO... LO CUENTAN SUS DESCENDIENTES. EL RECIÉN APROBADO DECRETO LEY DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA, QUE PRETENDE REPARAR DE FORMA SIMBÓLICA A LAS REPRESALIADAS DURANTE LA GUERRA CIVIL Y EL FRANQUISMO, VISIBILIZA EL PAPEL DE ESTAS MUJERES Y SUS HISTORIAS, ESAS QUE ESTÁN RECUPERANDO SUS FAMILIAS, ANIMADAS POR EL DERECHO A LA MEMORIA Y A QUE SE HAGA JUSTICIA. MUCHAS DE LAS QUE QUIEREN SABER QUÉ PASÓ COMO ÚNICA MANERA DE CERRAR HERIDAS SON TAMBIÉN MUJERES QUE SE HAN CONVERTIDO EN DONANTES Y DEPOSITARIAS DE LA MEMORIA. UNA MEMORIA QUE DEJAN EN ESTAS PÁGINAS.

Texto: **Juana Vázquez Torres / Fátima Fernández Baena** Fotografías: **Antonio Pérez Gil**



"...si quiero rescatarme  
si quiero iluminar esta tristeza  
si quiero no doblarme de rencor  
ni pudrirme de resentimiento  
tengo que excavar hondo  
hasta mis huesos  
tengo que excavar hondo en el pasado  
y hallar por fin la verdad maltrecha  
con mis manos que ya no son las mismas".  
**Mario Benedetti**



**NOELIA RODRÍGUEZ**  
**“Las que se quedaron se llevaron la peor parte”**

NOELIA RODRÍGUEZ sabía que a su abuelo materno lo habían matado, y poco más. Su madre le contó algunas cosas pero es, desde hace poco, cuando esta trabajadora social y concejala socialista de Cultura en el ayuntamiento de Castilleja del Campo, Sevilla, empezó a preguntar. “Empiezas con la idea de que quieres recuperar una historia tuya, y terminas dedicándote a las de los demás; tenemos muchos abuelos perdidos”.

“Mi abuelo, Manuel Escobar Moreno, siempre ha estado presente en mi casa, en una fotografía muy antigua, un *collage*, con mi abuela, Carmen Muñoz Caraballo, y mi madre, Otilia, en medio, con un añito”. Fue su madre quien le dijo que su abuelo, alias *Picarito*, era bracero, partidario de la República, pero que era un hermano de éste, José, el que estaba más implicado, como secretario general del sindicato autónomo y campesino. Fue un primo hermano de ambos, de la Falange, quien salvó a José porque sus novias eran hermanas... y quien decidió la otra suerte de Manuel. Se lo llevaron el 24 de julio de 1936.

Estuvo en la cárcel de Castilleja y luego en la de Sanlúcar La Mayor, de donde lo sacaron el

27 de agosto. Lo asesinaron en la Venta del Repudio, en Espartinas, según la partida de defunción. Esa palabra, repudio, se le ha quedado grabada a Noelia. “Por el río Pudio que pasa por allí, por la casa de prostitución que había y, sobre todo, por el sentimiento de repudio en mi madre, a la que le hacían sentir la vergüenza”. Se supone que lo enterraron en el cementerio de Espartinas, donde hay varias fosas. “Me encontré a un hombre mayor, que dice que conoció a un guardia civil que sabe dónde están los restos, y ahí puede estar mi abuelo”.

“Mi madre ha guardado recuerdos suyos, unas cartas, la cartilla, un anillo y un colgante de plata. Lo teníamos idealizado. Lo veíamos como un valiente, un luchador de izquierdas. Encontrarlo sería para mí una ilusión. Querría que mi madre se muriera sabiendo dónde están sus restos, porque es una necesidad vital, física. Sabemos que hay cientos de miles de personas que nunca se van a localizar, pero mi principal motivo es la rehabilitación, después de tantos años diciendo que los rojos eran esto y aquello”. Y recuerda cuando se dio el primer paso hacia ese reconocimiento, en las primeras jornadas en 2004 de la Asociación de Memoria Histórica y Justicia: “leímos su nombre, en un sa-

lón repleto de familiares; sólo leímos sus nombres en voz alta, la edad que tenían, enseñamos sus fotos, nada más”. Y nada menos.

“Mi abuela nunca, nunca, habló de la guerra, de lo que pasó. Se quedó en el pueblo. Cuando murió mi abuelo llevaban un año de casados por lo civil, porque no he encontrado registros de la iglesia. Tuvo que dejar la casa y volver a vivir con su padre y todos sus hermanos, en una habitación pequeñísima. Uno de ellos se fue a Madrid y quiso llevársela, pero no quiso. Se quedó con mi madre.” Eso vino después. Antes, “lo único que no le hicieron, fue raparla. Lo demás, todo. Tenía 27 años cuando se quedó viuda. Se libró del rapado, porque la que organizó todo era vecina suya. Pero no de los desfiles, de la purga con aceite de ricino. Ni del miedo, porque estas mujeres no sabían lo que les iba a pasar, si las iban a matar”.

Carmen tenía que salir adelante, económica y emocionalmente, tenía que seguir protegiendo a su niña. “O bien trabajando en casa de los que ayudaron a matar a mi abuelo, o en el campo, si la dejaban, porque no tenía derecho a nada”. Lo que hizo fue dedicarse al estraperlo: “trabajar mucho para ahorrar un poquito, y poderse ir a Huelva, donde llevaba harina, aceite, garbanzos, en el mercado negro”. Mientras, la niña Otilia, la madre de Noelia, pasaba hambre, no tenía derecho a cartilla de racionamiento. Y “lloraba muchísimo todas las mañanas, cuando se quedaba sola”. Pero no quería ir a esperar a su madre, que volvía cada noche, al tren que salía de Carrión de los Céspedes, porque era el mismo en el que desaparecían niñas de padres rojos, cuando venía la Sección Femenina y se las llevaban a conventos para reeducarlas...

“Las que se quedaron se llevaron la peor parte. En el colegio, mi madre era repudiada por ser hija de un rojo, castigada en el cuarto oscuro. Y mi abuela, siempre pendiente de que no la pillaran, cogía para ir tirando, tenía que pagar al carabinero por hacer la vista gorda con el estraperlo”. Estuvo tres veces en la Cárcel Provincial de Sevilla por no poder pagar la multa, de mil pesetas, a peseta por día de prisión. “Pedí los expedientes, encontré dos. Mi madre recuerda que fue a verla sólo una vez en la cárcel y no fue nunca más, porque la vio en un estado tan horrible...”.

Cuando su abuela Carmen murió, con más de 70 años, Noelia tenía diez. Le queda algún recordamiento, de no conocerle mejor. “Vivía con nosotros y siempre estaba de mal humor, pero no sabía nada de su historia, a qué podía deberse su carácter, toda la vida sola, sin ayuda de nadie, haber vivido esa barbaridad. Por eso valoro mucho a la gente mayor, porque sé lo que pasaron. Hubo de todo: tortura, violaciones... No podías llorar, no podías ir de luto, no eras viuda, no podías decir que habían matado a tu marido, porque te pegaban más”.

Parte de esta historia la recopiló un norteamericano, Richard Barker, en ‘*El largo trauma de un pueblo andaluz. República, represión, Guerra y posguerra*’ (2007). “Eran los años 80, llegué de fuera, y consiguió que la gente hablara, de los dos bandos. Y en un pueblo de 600 habitantes, donde son todos son familia y conocidos”.

Frente a los que critican que se quiere escribir una nueva historia social, Noelia argumenta que le gustaría que hubiera “libros de texto en clase explicando el genocidio que se hizo y contado de forma imparcial, aunque las vícti-

*“Mi abuela nunca, nunca, habló de la guerra, de lo que pasó. Se quedó en el pueblo.”*

mas de los dos bandos no son comparables en número”. “Cuando acabó la guerra, Franco solo sacó sus muertos y siguió reprimiendo. Quizá si lo hubiera parado, se hubiera superado”, reflexiona Noelia, quien no sabe muy bien si fue peor la guerra o lo que llegó después: “porque a mi abuelo lo asesinaron en el 36 pero mi abuela, hasta los años 80, tenía miedo”, dice recordando el intento de Golpe de Estado de Tejero. Y añade: “los que ganaron quitaron tierras, casas, y nadie ha reclamado, creo que también temen eso”.

Ahora, reparaciones como las dirigidas a las mujeres, “son suficientes como simple reconocimiento”. “El tema económico es simbólico e irrisorio. No tiene precio y se ha hecho tarde, pero por lo menos se han dado pasos antes impensables. Es importante que vayan quedando plasmados en las leyes. Por eso estamos solicitando que se cambie la Ley de los Registros Civiles para que quepan todas las víctimas del franquismo, siendo además una forma de dignificarlas”.

En Castilleja, “desde que construimos el monolito en memoria de los represaliados en 2005, mi madre, mi suegra (el marido de Noelia también tiene un abuelo desaparecido) y veinte mujeres más, van allí un día concreto y le ponen flores, tienen un sitio donde recordarlos. Mi madre ha tenido siempre mucho miedo, pero también amor propio, y el dolor lo ha sacado, viene conmigo a jornadas y le sirve de terapia escuchar y compartir lo que durante años no ha podido decir. Aunque el daño psicológico nunca lo curarán, lo importante es que no se olvide, que no se borre este episodio. Lo ideal sería que se incorporara como una página más, la más reciente de nuestra historia”.





## MARI CARMEN ESPAÑA “Había que olvidar para sobrevivir”

MARI CARMEN España nació en Barcelona, pero llegó a La Lentejuela, el pueblo de sus padres, en 1988, con 23 años. Ahora tiene 45 años, dos hijos y trabaja en el ayuntamiento, en archivo y documentación. Desde finales de 2004, lucha por recuperar los restos de su abuelo fusilado y su historia. Lo hace “por conciencia”, por haberlo escuchado desde pequeña, desde que tenía 10 años. “Pasa de tus padres a ti, es una historia sin terminar, y por salud mental, por principios, hay que terminarla”.

Lo que sabía es que a su abuelo paterno, Manuel España Gil, lo llevaron desde La Lentejuela a la vecina La Puebla de Cazalla, lo dejaron en una cuneta y desapareció.

“Vi que yo tenía que hacer algo, empecé a hablar con los mayores del pueblo para saber qué era lo que había pasado, me empecé a mover. Sacamos un manifiesto con los familiares que pude reunir, localizamos la fosa en la parte civil del cementerio de La Puebla, que hubo que limpiar porque estaba en un vertedero, y se empezó la exhumación de parte de los restos (se calculan unos 200 en total), hoy en una habitación, a la espera de seguir la exhumación y después la prueba de ADN”. Una

tarea paralizada por la existencia en la fosa de dos muros en mal estado. Los restos de Manuel podrían estar entre los ya exhumados, todos de septiembre de 1936. De confirmarse, Mari Carmen “los pondría con todos sus compañeros, en una lápida conjunta, en honor a todos los que sufrieron represión por el fascismo”. “Para que descansen en paz. Lo consideraría como un deber cumplido”.

La historia completa la supo hace muy poco. Su abuelo era jornalero y quería un mundo mejor. Apoyaba la República y después de una manifestación se lo llevaron. Lo fusilaron de madrugada, de espaldas. Tenía 29 años, dos hijos, el padre de Mari Carmen, con tres años, y otro en camino, que nació días después de su muerte. Una historia latente, de la que sólo conserva una fotografía en sepia, y que le ha costado muchas horas levantar.

La historia es también de su abuela. Por lo que ha recopilado, Carmen Gil Muriana sabía leer y escribir, leía y ayudaba a la gente del pueblo con los papeles, era republicana y “echá palante”, una mujer avanzada para su época. “Incluso alguna gente me ha comentado que por eso mataron a mi abuelo. Lo cierto

es que en La Lentejuela no mataron a ninguna mujer”. Murió en 1996, con 84 años.

Mari Carmen la conoció, pero nunca supo nada de su historia por su boca, y quedan muchas lagunas. “Tenía auténtico pánico, cállate, por favor, no digas nada, decía... La pasearon, la purgaron, la pelaron. A una de sus compañeras y amigas, la violaron, la pasearon también, le pusieron una pistola en la boca. Mi abuela tuvo que ir a misa, comulgar. La ayudó el médico del pueblo, llegó a ser la cocinera del comedor y pudo sobrevivir y darle de comer a sus hijos. Se quedó en el pueblo. Pasaron mucha hambre. No contaba nada. Creo que simplemente había que olvidar para volver a empezar. Fue tan horroroso, que para seguir caminando, seguir viviendo, había que hacer eso. Porque seguían matando a gente mucho después de terminada la guerra”.

No vio miedo Mari Carmen en su padre, fallecido en 2001, con 68 años. Volvió a su pueblo

después de ella, igual que su madre y su hermana. Y trasmitió a Mari Carmen la historia de su abuelo. “Estaba fusilado y no sabía por qué había pasado eso. Si se hubiera muerto en el frente... Es una lucha titánica. Hay cuatro nietos más en esta historia, pero es una especie de encargo de mi padre, me siento con la obligación de cumplirlo”.

Parte de su lucha aparece en el documental “Mari Carmen España, el final del silencio”. Una road movie rodada por televisiones suecas, estrenada en 2008 en Barcelona y premiada por Italia, Canadá, Estados Unidos, Suecia, Suiza, Noruega y Alemania, pero aún no difundida en Andalucía. “El documental es duro y dice bastantes verdades, compara el trato que se da al Valle de los Caídos con la realidad de las fosas españolas que, en el caso de La Puebla, era un vertedero. Yo quiero que mi abuelo y las personas que están en la fosa, tengan un trato digno, porque eran personas también. Lucharon por la libertad y se merecen tener un entierro digno”.



*“Tenía auténtico pánico, cállate, por favor, no digas nada, decía... La pasearon, la purgaron, la pelaron. A una de sus compañeras y amigas, la violaron, la pasearon también, le pusieron una pistola en la boca...”*

Mari Carmen llega a la conclusión de que “el poder real en este país no ha cambiado y no interesa que se sepa la verdad. Las fosas desvelan lo que pasó. Hubo de todo, mandíbulas, dientes rotos, ataduras de muñecas a la espalda, machetazos en brazos, mujeres embarazadas... Eso no se olvida en la vida. Lo que aquí se cometió fue una barbarie, no se puede hablar de Guerra Civil, se los llevaron atados y dejados en cementerios y cunetas. ¿Cómo se les llama: fusilados, desaparecidos, represaliados? No tienen ningún nombre”, asegura.

Considera el nuevo Decreto Ley para las mujeres necesario, aunque lo ideal es “que se hubiera empezado por los seres humanos que faltaban, abrir las fosas. Hay muchas víctimas, ha existido mucha violencia, y así se sabría la verdad. Había dos bandos, pero en los pueblos de Andalucía se produjo un exterminio absoluto. No tiene comparación, ni cualitativa ni comparativamente. Sobre todo la gente tiene que comprender la necesidad de las familias de que esto termine, antes de que se muera más gente. Me hubiera gustado que mi padre y mi abuela hubieran visto eso abierto, yo creo que hubieran descansado”.

Ella no descansa, y lo que quiere es terminar la tarea que se ha impuesto. “No queremos indemnizaciones, sino que nos faciliten el camino para recuperar a nuestra familia, y se termine la historia, y el deber cumplido. Y un entierro digno, como cualquier ser humano, recuperar la memoria, su nombre y apellidos. Y todos por igual”. Y apostilla: “Es una cuestión de sentimiento, de familia, de terminar con la historia de un familiar que vuelva a su sitio, ya está, no hay más”.

## GUILLERMINA FRANCO

**“Todas las mujeres que se quedaron viudas y sin recursos como mi madre no lo superaron nunca”**



GUILLERMINA FRANCO tiene 77 años (nació en 1933). Ella vivía en una pequeña aldea perteneciente a Puebla del Río (Sevilla). “Allí mataron a mi padre cuando yo tenía tres años”. La historia de lo que pasó se la contaron sus cuatro hermanos mayores a trozos. Cuando su padre murió ella tuvo una ictericia. “Estuve muy grave. El médico decía que tenía una tristeza muy grande a pesar de ser tan pequeña. Por eso, quizá, me protegían, no me pegaban cuando hacía alguna travesura y no quisieron contarme en un primer momento lo que pasó”.

Con los años, pudo saber que el 3 de agosto de 1936 entraron por la fuerza en su casa un teniente de la guardia civil y un falangista de Lora del Río. “Mi hermano estaba sentado en el zaguán de la casa y llegaron sin previo aviso rompiendo la puerta, por lo que empezó a llorar. En ese momento salió mi padre y le dijeron: *Dése usted por detenido*. Mi padre no se resistió porque no tenía ningún motivo para huir”.

Su padre, que era capataz y propietario de dos parcelas de arroz y una de algodón, lo perdió todo en aquel momento. Lo metieron en la cárcel, donde su madre iba todos los días a llevarle la comida, hasta que días después él le dijo una

mañana: “tráeme a Guillermina para verla, la americana y las zapatillas porque van a sacar esta noche a algunos... Si me toca a mí no quiero que me quiten los zapatos”.

Así lo hizo y, al día siguiente, cuando la esposa fue llevarle el desayuno, le dijeron que su marido ya no estaba allí, que lo habían fusilado. “La hora se ignoraba, pero era la madrugada del día 13 de agosto. Lo habían matado en la carretera de Palomares, junto a otras cinco personas más jóvenes que mi padre. Fueron todos atados... y muertos sin juicio”.

“Las tierras se las quitaron. Quemaron todas las escrituras. Mi madre comenzó a llorar y los fascistas le dijeron que si lloraba estaban preparando una caldera de aceite para meterla a ella y a sus dos hijos más pequeños. Le pusieron un camión en la puerta para que cogiera lo más preciso y se fuera, sin dinero y sin nada. Se fue a Paradas, con mi abuela. Allí tenía mi padre una casa que mi madre tuvo que vender para darnos de comer a nosotros y se puso a vivir de alquiler. Ella cogió algodón, aceituna, estuvo de estraperlo...”.

Guillermina tuvo que entrar, junto a una hermana que ahora vive en Suiza, en un colegio falan-

gista de auxilio social ubicado en la Plaza Alfaro de Sevilla. Estuvo 10 años. “Cuando salí de allí, me fui a París (Francia) muy jovencita con un tío y una hermana. Realizamos nuestros estudios, pero antes trabajamos en todo: haciendo limpieza, escaleras, cuidando niños... Después trabajé con un psicoanalista durante 37 años. En Francia conocí a mi marido, ingeniero aeronáutico, que era de Almería. Tuve tres niñas, aunque una se murió... Ahora tengo dos nietos y dos biznietas en París, donde vive una de mis hijas”.

En el país vecino, asegura, “tuve una vida plena, feliz, sin miedo y llena de alegría”. En cierto momento, volvieron a Sevilla, donde compraron un piso, para rescatar sus orígenes. “Fue muy doloroso y, al final, fue mi marido quien se acercó al lugar donde yo nací para conocerlo”, asegura. “Me encantaría saber dónde está enterrado mi padre. Le pregunté en una ocasión a un señor de la Puebla del Río que se llamaba Manolo, *alpargata*, y hablé también con un profesor de historia del pueblo, el señor García... Fue imposible. Sólo me confirmaron que esa noche mi padre no murió solo”.

Su hermano mayor sabía mucho más. A punto estuvo de ser asesinado. Sólo la intervención de un falangista lo salvó después de una paliza con la culata del fusil: “Déjalo, bastante tiene con que hayamos matado a su padre”. Recuerdos tristes... Su madre, dice, “fue una mártir. Hay que reconocer que algunas perso-

nas nacen para ser felices y otras no lo son nunca”, lamenta Guillermina.

Francia, en ese sentido, fue un soplo de aire fresco en comparación con el ambiente enrarecido y rancio de la España franquista. “Volví a Andalucía porque mi marido cayó enfermo y quiso morir aquí”, afirma, “aunque volvería con los ojos cerrados a París”.

Lo que se está haciendo desde el Gobierno andaluz por las represaliadas del franquismo es muy loable en opinión de Guillermina. “Sin embargo, nada puede evitar todos los crímenes que se hicieron. Hubo muchos hijos e hijas que fueron criados en hospicios sociales donde eran crueles, por lo más mínimo nos cortaban el pelo a trasquilones, nos castigaban sin dormir de rodillas o nos daban palizas...”.

Guillermina, aunque es toda vitalidad y alegría, no ha superado esas vivencias donde incluso, recuerda, “cuando era pequeñita cambiaba plátanos en la casa de los ricos por pan blanco. No he regresado nunca a mis raíces y me siento española, pero de corazón francés”. Ese desarraigo, afirma, era innecesario. “Todas las mujeres que se quedaron viudas y sin recursos de ninguna clase como mi madre no lo superaron nunca. No tengo odio porque no conozco a los asesinos de mi padre, pero si los hubiera conocido, no los hubiera perdonado nunca”, concluye, pese a todo, sonriendo.

*“Todas las mujeres que se quedaron viudas y sin recursos de ninguna clase como mi madre no lo superaron nunca. No tengo odio porque no conozco a los asesinos de mi padre, pero si los hubiera conocido, no los hubiera perdonado nunca”*





## PAQUI MAQUEDA “Cuando la justicia venga, nos pillará trabajando”

PAQUI MAQUEDA conoció su historia familiar en el año 2003. “Nosotros somos de Carmona y mi bisabuelo, Juan Rodríguez Tirado, vivió en Carmona con una primera mujer llamada Carla Rodríguez con la que tiene tres hijos y una hija: Enrique, Pascual, José y mi abuela Frasca”. Cuando el 23 de julio de 1936 entran los fascistas a tomar el pueblo, el bisabuelo de Paqui, Juan, con los dos hijos mayores, Enrique, de 27 años, y Pascual, de 23, que son republicanos, defienden Carmona frente a la avance de las tropas. Cuando toman la ciudad, Enrique y Pascual salen del pueblo junto a un gran grupo de milicianos que huyen a los municipios de los alrededores. “Juan, mi bisabuelo, permanece en Carmona, y no sabemos en qué fecha exactamente le detienen. El 23 de agosto de 1936, lo toman prisionero junto a un grupo de hombres y mujeres, en una de las sacas –coches donde transportaban a los que iban a ser fusilados–, y murió en las tapias del cementerio de Carmona. Tenía 72 años, según los datos encontrados”.

Los fascistas inmediatamente elaboran los bandos de guerra, firmados por Queipo de Llano, donde dicen que “cualquier persona que fuera sospechosa de haber colaborado y

resistido a las tropas nacionales se les puede asesinar”. El concepto por el que matan es aplicación de bando de guerra. “Tengo su partida de defunción y lo que consta es ‘alteraciones militares habidas en esta ciudad’, esa es la causa de la muerte. Para no afrontar que fue ajusticiado extrajudicialmente, siendo en primer lugar secuestrado de su casa. Los fascistas cometieron todos los delitos contemplados en el derecho internacional que ya hoy, por suerte, están amparados”.

Mientras, Enrique había salido de Carmona con su hermano Pascual. “Avanzan por Lora del Río, Constantina... en un batallón de milicianos hasta que llegan a Madrid. Permanecen allí los tres años de la guerra, participando en diversas batallas, hasta que a Enrique lo toman prisionero y le comunican que tiene que volver a Carmona en 1939, cuando termina la Guerra Civil. Allí se dedica a amenazar de muerte al que ha matado a su padre. Ese señor lo denuncia y Enrique pasa la mayor parte de su vida en el campo de concentración de Los Merinales, en Sevilla, y en distintas cárceles que inaugura Franco. También es desterrado y, en teoría, no podrá volver jamás a Carmona”. “Mi madre –recuerda Paqui– me

contaba cómo ella con nueve años era la encargada de llevarle clandestinamente la comida a escondidas a una taberna que había en el pueblo. En la clandestinidad había lazos muy fuertes entre los represaliados, aunque ella cuenta estas historias como una anécdota. También recuerda cómo llegaba la guardia civil de noche, despertando a todos, a los niños, levantando colchones buscando a Enrique. Sabían que volvía al pueblo, pero no lo pillaban. Enrique Rodríguez Rodríguez murió en la pobreza y desarraigado”.

Pascual, por su parte, se separa de su hermano Enrique y, en La Carolina, lo detienen intentando llegar a Carmona. “Después de una sesión de interrogatorio bastante dura donde lo torturan, no sabemos en qué momento se escapa por las calles de La Carolina. Los falangistas, detrás, lo matan de siete tiros por la espalda y muere como un conejo cazado. En el expediente aparecen las últimas palabras que le dijo a una mujer que no le quiso abrir la puerta: *ay madre mía*”. Pascual Rodríguez Rodríguez tenía 27 años cuando murió un 23 de agosto de 1939. Justamente tres años después de que ajusticiaran a su padre, dejando a una nueva mujer viuda y un niño pequeño de cuatro años huérfano y sin vivienda.

José, el tercero de los hermanos, tiene 17 años cuando muere su padre. Él se queda en el pue-

blo y lo obligan a alistarse en las filas fascistas. “El hijo del *matao*”, como lo llaman, en una trinchera del ejército nacional se pasa una noche a la fila de los republicanos. Cuando termina la guerra, sufre prisión y campos de concentración, pero no tanto tiempo como Enrique. “Vuelve a Carmona y, como no le queda nadie, le obligan otra vez a hacer la mili; conoce en Granada a su esposa y se va para Barcelona”. José todavía vive.

“Esa es la historia de mi familia”, explica Paqui. “Yo tengo 46 años y en mi casa nunca se había hablado de esto. Cuando conocí a mi tío abuelo Enrique era un sin techo, pedía en la calle... aunque nunca supe por qué. Muy poco se hablaba de mi tío abuelo Pascual. Mi hermana gemela y yo siempre hemos estado muy cercanas al tema de la Guerra Civil y quisimos, en su momento, ayudar en las primeras exhumaciones que se hicieron en España. Cuando le expliqué a mi madre, Manuela Fernández Rodríguez, en qué consistía la exhumación, me miró y me dijo: *Paquí, ¿por qué no buscas a mi abuelo? Lo fusilaron y está en una fosa común de Carmona*”.

A partir de ahí ha ido tirando del hilo y se ha ido involucrando cada vez más. De hecho, Paqui es la vicepresidente de la Asociación Andaluza de Memoria Histórica y Justicia (AMHYJA). Según ella, la primera cicatriz que han dejado los crí-

*“Cuando le expliqué a mi madre, Manuela Fernández Rodríguez, en qué consistía la exhumación, me miró y me dijo: Paquí, ¿por qué no buscas a mi abuelo? Lo fusilaron y está en una fosa común de Carmona”*

menes de guerra que se cometieron en su momento es el olvido. “Pascual fue olvidado. Yo concibo la familia como una cadena de eslabones y, en la mía, se han roto muchos de ellos. No teníamos conocimiento de tanto dolor. Recuerdo a Frasca, mi abuela, como una mujer continuamente amargada, jamás nos dio cariño y afecto. Esto ha dejado la huella del olvido que, ahora, en cuanto se recupera la memoria se puede entender”.

El Decreto Ley que compensa de alguna manera a las represaliadas es valorado por Paqui y por la asociación que representa. “Apreciamos todos los pasos que está dando la administración pública en el ámbito de memoria histórica, a pesar de que tiene límites y no llega donde tiene que llegar. Pedimos mucho más. En cuanto al Decreto, era algo necesario compensar el sufrimiento de estas mujeres, aunque no hay dinero en el mundo que pague el dolor y la humillación que sufrieron. Nosotros pedimos, sobre todo, reconocimiento”. “Más acertado nos parece que, en los ayuntamientos donde *las pelonas* fueron paseadas públicamente bajo el escarnio y la vista de los vecinos y vecinas, se lean sus nombres y se cuenten sus historias y se digan que eran, que son, mujeres valientes que lo único que hicieron es ser visibles. Intentar dar un paso al frente, salir del ámbito de la familia y querer votar, divorciarse, tomar decisiones. Se atrevieron, también, a ser esposas, madres, e hijas de hombres valientes que dieron la cara. Por eso también se les humilló... A nosotros nos parece mejor un homenaje, una rectificación, y que se reconozca que los asesinatos cometidos en la época franquista fueron crímenes de guerra”.

Paqui Maqueda está convencida de que conseguirán esa meta. “Nuestros antepasados sembraron semillas, que somos las nuevas generaciones, y no tenemos duda que este país los pondrá en el lugar que se merecen en la historia. En todo caso, cuando la justicia venga, nos pillará trabajando”. —

